



FOTO: PUEBLOS EN CAMINO

Crisis climática y territorial en Colombia a partir de la modernidad

Joaquín Molano Barrero¹

Es coincidente para el subcontinente latinoamericano y para Colombia, que la conquista y colonización concuerde con la apertura al mundo de la modernidad e inicio del desarrollo del capitalismo y los procesos de globalización. Hechos reales relacionados con guerras y políticas coloniales que intervinieron drásticamente nuestras territorialidades y culturas. Desde entonces, venimos atendiendo intereses económicos y padeciendo ideologías civilizatorias y religiosas deshumanizantes, las cuales han provocado profundos cambios ambientales y serios impactos sociales, culturales y territoriales, los que difícilmente se pueden relacionar con cambios del clima.

Sin actitud negacionista alguna, repensemos de manera crítica el cambio climático (CC). La absolutización del CC, lo que ha logrado poner en evidencia es una grave crisis ambiental y sociocultural. No es el cambio climá-

tico lo que nos debe preocupar, interesa es interiorizar y profundizar el cambio, que es condición de nuestra existencia telúrica y como humanidad. El cambio ha hecho posible el mundo real, navegando entre la incertidumbre, lo impredecible y la novedad. Lo único permanente es el cambio, aunque en apariencia nada cambia.

Si observamos el sistema atmosférico local, él varía de manera considerable y en cada momento, pero varía poco y esto nos lo testimonian los días con sus noches, los meses y los años. Dinámica que nos indica las condiciones cambiantes e invariantes del tiempo atmosférico, el único que está presente (Serres, 1991). Sólo tenemos el tiempo, no el clima. Las potencias mundiales que publicitan y lideran la existencia de un cambio climático global, lo que pretenden es extender el miedo y la angustia como parte de la globalización. Los acuerdos y compromisos intergubernamentales, además de politizados, son débiles, inde-

1. Profesor de la Universidad Nacional de Colombia, geógrafo y ambientalista. Miembro de la Sociedad Geográfica de Colombia, Academia de Ciencias Geográficas. C.e: jcmolanob@gmail.com



El cambio climático es un eufemismo promovido para omitir la grave crisis territorial que se extiende en el planeta, producto de acciones hegemónicas imperiales, estilos de vida insostenibles e imposición de un pensamiento fragmentario, que hacen parte de la estrategia geopolítica global de control.

terminados y generalizantes, apoyados en investigación científica que no contempla aún la realidad profunda de la complejidad atmosférica en la tierra, el sistema solar y las influencias cósmicas que determinan y condicionan el tiempo atmosférico que conocemos y en el cual transcurrimos.

Los científicos sólo esperan obtener contratos, bajo acuerdos condicionados que justifican la violencia y destrucción del planeta, dejándonos en la intemperie y proponiendo que nos adaptemos a los efectos del cambio climático, cuando en realidad demandan es adaptarnos a la competitividad, el mercado y la explotación, los que provocan los verdaderos cambios catastróficos y los riesgos permanentes en que transita la humanidad. El cambio climático es un eufemismo promovido para omitir la grave crisis territorial que se extiende en el planeta, producto de acciones hegemónicas imperiales, estilos de vida insostenibles e imposición de un pensamiento fragmentario, que hacen parte de la estrategia geopolítica global de control. Se promueve el cambio climático, para no cambiar nada. Para no tener responsabilidad alguna de la aguda crisis global del neoliberalismo y los modelos de acumulación de riqueza y pobreza (Molano, 2020). Los verdaderos cambios ambientales en la modernidad son producto de la imposición a sangre y fuego de las políticas hegemónicas y los intereses del poder económico.

No desconocemos que son reales los cambios que tienen lugar en las aguas y la vida oceánicas, en las palpables sequías provocadas por la destrucción de bosques y selvas, en los incendios que convierten sabanas en desiertos; lo cual hace evidente la pobreza, el hambre y la sed en países enteros; cuyas condiciones actuales, bien pueden entenderse por la implementación de guerras, dominio colonial, extracción de la riqueza y desalojo de

los habitantes, lo cual llega de la mano de las políticas del desarrollo que se imponen al mundo. Igualmente, preocupantes son las formas de contaminación ideológica, religiones, sistemas políticos-educativos y medios de comunicación, los cuales disponen la territorialidad de los cuerpos y mentes de los individuos para inducirlos y mantenerlos en el consumo y la desesperación. No es el clima y sus cambios los responsables de esta aguda crisis que vivimos.

La geohistoria local-regional para Colombia y América Latina, permite analizar la crisis ambiental, según dinámicas territoriales construidas por actores globales, que dan cuenta de la destrucción de territorialidades y saberes locales al incorporarlos al mercado mundial. La naturaleza ecuatorial, al ser considerada malsana y salvaje, fue objeto de la más cruenta y brutal guerra de conquista. Al instaurarse el régimen colonial civilizatorio, que negó la humanidad a sus habitantes, desapareció la población en un 90%, destruyó las chagras de sustento e inició la destrucción del medio natural generador de vida; trazó los caminos que hicieron posible la territorialización y expansión del régimen colonial, implantando la humillación y la esclavitud, dentro de una visión excluyente del mundo ecuatorial. Los invasores buscaban riquezas para alcanzar dignidad, expandir la fe cristiana, hacer de Europa el centro del mundo y a América Latina su periferia. De acuerdo con Palacio (2002), la civilización europea implicó una especie de condena para nuestros territorios americanos, pues fuimos construidos bajo alegorías, imaginarios y visiones europeas deformantes, dentro de estrictas relaciones del poder colonial, en estas tierras y cielos tan diferentes a los europeos.

Tumbar selvas, agotar la biodiversidad ecuatorial y explotar a los seres humanos, ha sido tarea de civilizadores, comerciantes, terratenientes y ganaderos. Situación man-



FOTO: EPM

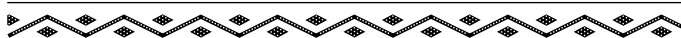




FOTO: STEVE CAGAN



La devastación del territorio nacional en cerca de 500 años, tiene gestores, actores y promotores concretos, con cuyas ideologías, políticas y prácticas civilizatorias, trabajaron para consolidar la configuración territorial colonial.

tenida a través de instituciones oprobiosas, ideologías del control, legalidad de los invasores y defensa de los intereses económicos buscados; lo cual permitió la aparición de las geografías imperiales deterministas, tan ajenas a la complejidad de estos territorios, cuya enseñanza nos tornó extraños en nuestra propia tierra. Esta es la esencia del modelo racional proyectado con criterios universalizantes, reduccionistas, absolutistas y racistas, que ha generado fragmentación y reducción de la realidad y que está presente en los discursos hegemónicos civilizatorios, los cuales se constituyen en criterios fundamentales, respaldados por la ciencia, que se replican y aplican a través de políticas y modelos estratégicos del mercado, empeñados en el gasto inútil de lo primordial y lo diverso.

Como es evidente, no se trató de un cambio climático. La devastación del territorio nacional en cerca de 500 años, tiene gestores, actores y promotores concretos, con cuyas ideologías, políticas y prácticas civilizatorias, trabajaron para consolidar la configuración territorial colonial, basada en la ejecución catastrófica de desnudar la tierra de selvas pluviales, agotar suelos fértiles, saquear los recursos del subsuelo y afectar la diversidad biótica y cultural. Las selvas primigenias de los ambientes ecuatoriales, distribuían y regulaban las aguas de manera permanente, alimentaban los nevados, mantenían la fertilidad de los suelos, contenían la mayor biodiversidad mundial y conservaban los equilibrios relativos de las estructuras geológicas, a las cuales abrazaban con poderosas estructuras radicales, para obtener la bondad de los nutrientes. Estos tesoros ecuatoriales son destruidos por la implantación de una “economía de rapiña”, saqueo, explotación, ignorancia y violencia que lo desconoció todo y provocó una de las mayores catástrofes ambientales (Crosby, 1993). Los paisajes y lugares dejados por el colonialismo, el imperialismo y la globalización, dan cuenta de grandes afectaciones ambientales, precio pagado por alcanzar el progreso y un desarrollo no humano (Leff, 1998).

Colombia es reconocido como un país de ricas, extensas y bellas selvas. Adentrémonos en él para conocer las formas de intervención en su territorio. El proceso se inició con la devastación de las selvas de manglar, selvas inundables y las selvas de tierras firmes, fundando pueblos, creando haciendas y sometiendo comunidades indígenas en la Región Caribe. La Zona andina soportó la ocupación temprana de los altiplanos y valles altos de los Andes cundiboyacenses y santandereanos, los altiplanos de Pasto, Ipiales, Túquerres y la meseta de Popayán, donde surgieron enclaves hispánicos que se extendieron por los valles altos hasta alcanzar los páramos, y siglos más tarde desde allí avanzaron sobre las vertientes medias de los ejes cordilleranos andinos. Las selvas de los valles del Gran Tolima y el Gran Cauca, fueron ocupadas tempranamente mediante guerras de conquista, adoctrinamiento y esclavitud, a través de extracción aurífera y creación de grandes haciendas. A finales del siglo XVIII la colonización antioqueña intervino y ocupó los territorios selváticos de la Cordillera Central y Occidental, así como valles interandinos y planicies fluvio-marinas caribes.

En la era republicana, vertientes, valles interandinos y planicies interiores, vieron desaparecer ricas selvas pluviales y nubladas habitadas por millones de seres profundos y entrañables. La intervención y tala de las espesas selvas y sabanas arboladas del piedemonte andino-orinocense y del piedemonte andino-amazónico, como de las sabanas y selvas de las planicies orientales se lleva a cabo desde el siglo XVI con la etapa de conquista y los primeros asentamientos y fundaciones realizadas por las misiones religiosas. La ocupación de estos extensos territorios, siempre considerados distantes e invisibles por el poder central, permitió la reducción de los indígenas, la destrucción de sus bases culturales, el adoctrinamiento que los hizo sumisos y esclavos en las haciendas de los llanos orientales. Se perdió algo tan



valioso como las culturas de selva y río junto con las visiones y los encantos que no se pueden confrontar ni evitar. Solo el poder de los dioses tutelares impidió su total desaparición.

Los piedemontes estaban copados de selvas ecuatoriales que se proyectaban hacia arriba sobre las vertientes andinas y se adentraba sobre las planicies orientales con una extensión de 150 kilómetros y se proyectaban a lo largo de las redes de ríos y humedales hasta hacer contacto con las selvas sobre la vertiente del Orinoco. Esta extensa región es ocupada para extraer caucho, quina, zarzaparrilla; para desarrollar la ganadería, cultivos de tabaco, cacao, caña en las grandes haciendas de las comunidades religiosas, en tanto las sabanas arboladas se convirtieron en pastizales al ser sometidas anualmente al fuego, con cuya práctica se perdió una de las más valiosas expresiones de biodiversidad surgida en las sabanas ecuatoriales.

El piedemonte amazónico es ocupado desde comienzo del siglo XIX mediante el extractivismo cauchero realizado a través de inenarrables atrocidades: violaciones, asesinatos, desapariciones y fusilamientos que padecieron los pueblos indígenas Huitoto, Andoque, Ocaina y Bora; etapa conocida como la bonanza² del caucho. Los centros de acopio del caucho permitieron la aparición de poblados como Puerto Rico (1884), San Vicente del Caguán (1896) y Florencia (1902), entre otros. El conflicto con Perú impulsó la colonización de los territorios selváticos, permitiendo oleadas migratorias de campesinos de los Andes: Huila, Tolima, Cauca y Nariño. En menos de 50 años las selvas piedemontinas desaparecen y se potrerizan extensas áreas convertidas en latifundios ganaderos. Exploraciones petroleras extranjeras, violencia partidista, luchas guerrilleras y otras formas de conflicto social fueron configurando las espacialidades en estos territorios amazónicos. Todas ellas, acciones directas e indirectas dirigidas por las potencias extranjeras y con el apoyo y respaldo de las élites dirigentes del país. Millones de árboles no murieron de pie, tampoco los secó ningún cambio climático, todo se bañó con injusticia y sangre, con actores con nombres propios.

Desde tiempos tempranos coloniales no han cesado los procesos descritos antes. Se continúan desterrando comunidades enteras, las selvas se transforman en plantaciones bananeras, cultivos de palma, ganaderización de la mayor parte de las tierras agropecuarias, extractivismo minero, compra de tierras por parte de extranjeros, cul-



tivos de coca, todo posibilitado por el desgobierno y una guerra interna-externa prolongada e inexplicable que nos explica hoy, sin alcanzar a entenderla. La génesis de esta guerra, de acuerdo con Alimonda (2011), copa la geohistoria del país tomando en cuenta una prolongada colonización que no termina y una mundialización responsable de la transformación catastrófica del mundo ecuatorial, al desconocer sabias conexidades cósmicas, naturales y culturales; imponiendo la superioridad extranjera con prácticas evangelizadoras, violencia institucional y hegemonía de las empresas coloniales y neoliberales, lo cual constituye la impronta de lo latinoamericano. De ninguna manera nuestra fatalidad depende de algún cambio climático ocurrido. Se trata de otra cosa. Hay una alianza de las élites, el capital y la ciencia que lo subordina todo con los avances tecnológicos y ambición de poder, como lo señala el maestro Mario Mejía (2020). Repensemos y actuemos para evitar sostener lo inútil. ❌

Bibliografía

- Crosby, A. 1993. Imperialismo ecológico. Companhia das letras. São Paulo.
- Leff, E. 1998. Saber ambiental, Sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder. Siglo XXI- Pnuma. México.
- González Posso, D. 2020). La tarea de la vida es trabajar por la vida. Memorias de Mario Mejía Gutiérrez. Edición Digital Grupo Semillas.
- Molano Barrero, J. 2020. Luchas sociales por el medio ambiente. Actores, valores e intereses: crisis de legitimidad. En: Luis Gabriel Duquino R. & S. Nail (Eds.) Ed. Uniagustiniana. Bogotá.
- Palacio, G. 2006. Fiebre de tierra caliente. Una historia ambiental de Colombia 1850 – 1930. ILSA. Editorial Gente Nueva. Bogotá.
- Serres, M. 1991. El contrato natural. Pre-Textos, Valencia.

2. Una bonanza de provecho, serenidad y prosperidad, luego de provocar todo el horror que dejó más de 30.000 indígenas asesinados y masacrados.

